

10. PARÁBOLA DE LA PERLA FINA

Introducción. Una perla se forma cuando un molusco, como una ostra, reacciona a una partícula extraña que entra en su concha, como un grano de arena o un parásito. Para protegerse, el molusco segrega capas de nácar alrededor de este irritante, creando así la perla. El proceso detallado es el siguiente: **Irritación:** Un cuerpo extraño, como un grano de arena, un parásito o incluso un pequeño trozo de concha, entra en la concha del molusco y se aloja entre el manto (la capa de tejido blando que recubre el interior de la concha) y la concha misma. La respuesta del molusco al sentirse irritado es protegerse, convertir las aristas cortantes que hieren, en superficies suaves, amables, para ello segrega capas de nácar (también llamado madreperla) alrededor de la partícula extraña. El nácar está compuesto principalmente por cristales de carbonato de calcio y conchiolina, una sustancia proteica que une los cristales. Las capas de nácar se van depositando gradualmente alrededor de la partícula irritante, formando una estructura concéntrica que con el tiempo se convierte en una perla. Es importante reconocer este proceso para entender bien la parábola. La fe nos ofrece exactamente lo mismo. Que todas las circunstancias traumáticas e hirientes que nos suceden en la vida se conviertan en experiencias que no nos duelen, sino que revestidas de la misericordia de Dios se conviertan en experiencias valiosas que guardamos por su gran valor. Convertir el dolor y la cruz en joyas preciosas.

Lo que Dios nos dice. *«El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra. (Mt13,45-46).»*

Cuando pensamos en un tesoro, en algo muy valioso, como una perla fina de gran calidad, nos viene a la imaginación un cofre lleno de monedas de oro de gran valor. Asociamos el tesoro a corsarios, piratas, a diamantes y piedras preciosas. Pero el tesoro es aquello a lo que nosotros damos valor. *«Donde está tu tesoro ahí está tu corazón» (Mt 6,21).* Tesoro es lo que nos hace resplandecer el rostro. Aquello a lo que nos asomamos y provoca una mirada de incredulidad, de asombro, de alegría, de confianza, de seguridad, de que a partir de ese descubrimiento todo el futuro de nuestra vida se resuelve satisfactoriamente. Encontrar el tesoro, la perla de gran valor, nos conmueve. La perla a la que se refiere la parábola es lo que tiene capacidad de acaparar toda nuestra atención y todo nuestro afecto. Una bufanda del Valencia tirada en la sacristía de la ermita del Rocío, para la mayoría de los asistentes es un trapo viejo. Para mí, un regalo celestial cargado de simbolismo y de significación. El Reino no se impone, ni se manifiesta de forma evidente. Se reconoce con la sutileza de un aroma. Como se percibe el frescor de una suave brisa. Como se oye una canción conocida, de fondo, que alegra el corazón. *«Caminamos en la fe, no en la visión» (2Cor,5,7).* Por eso la vida se vuelve reconocimiento de todos los tesoros que somos capaces de reconocer. Convertirnos en mercaderes de perlas, en descubridores de su gran valor, tiene un componente de observación, de recepción atenta de la realidad y una actividad de ser buscadores de perlas.

«Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le dará una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden!» (Mt 7,7-11).

Recibimos diariamente un motón de estímulos, de reacciones, y nos toca a nosotros valorarlas y agradecerlas. Se recibe y se busca. No es alentar una actitud pasiva ante la vida, esperando que llamen a la puerta de nuestra casa y un repartidor nos traiga el paquete anhelado de lo que nos falta para vivir. Necesitamos buscar, sentir curiosidad, escuchar recomendaciones, acercarnos a lo desconocido. Es valioso lo que yo decido que es valioso para mí. Personas, encuentros, diálogos, paisajes, conversaciones, lugares, sonidos, olores, que van convirtiendo la historia en cielo. El valor de las cosas no es objetivo, no todo tiene un precio. Es valioso si nos hace resplandecer. Deja de ser valioso lo que no incide, lo que no nos afecta, los que no nos conmueve y nos deja indiferentes es todo aquello que no somos capaces de recordar por su intrascendencia.

Cómo podemos vivirlo. Que maravillosa oportunidad se nos brinda con este texto de Jesús. Nos enseña que todo aquello que nosotros llamamos negativo, sufrimiento, dolor, soledad, cruz, se puede convertir es perla, en suavidad, en valor. Es el arte de reconciliar nuestra historia. Todo nuestro pasado releído como escuela de amor. La perla de gran valor es toda nuestra historia acompañada por la fe, en la que no sobra nada, nunca el tiempo es perdido, y gracias a todo lo que hemos vivido hoy somos las personas valiosas que somos.